

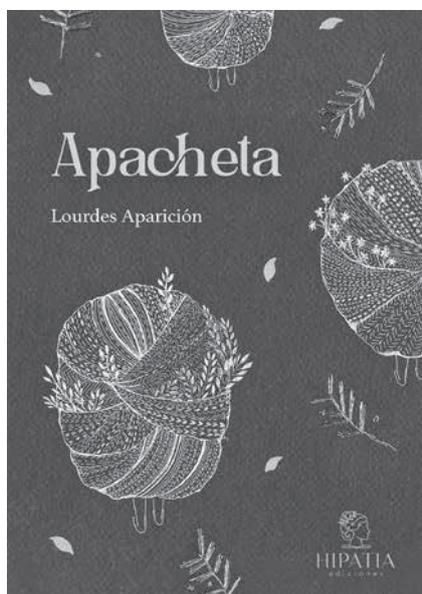
Apacheta

VICTORIA MALLORGA

En un ensayo sobre José María Arguedas, Sara Castro-Klaren habla sobre su escritura como una «zona de combate» contra las «formas europeas de vivir y pensar» (26). Intencional y minuciosa, esta lucha se manifestaba desde todos los espacios del texto. Es inevitable no ver esta lucha reflejada en los epígrafes y referentes que rodean *Apacheta* (2021), ópera prima de Lourdes Aparición (Apurímac, 1993). Separado en tres secciones —Mujer, Tierra, Altar— este es un poemario que se rehúsa a ser asimilado a una simbología occidental y marca una relación fluctuante entre la ciudad, el campo y los modos de sentir sincréticos. En sus páginas, recorre los altares de la región, la mujer en la cultura andina, lo animal-antropomorfizado, y, desde luego, conecta a poetas y compatriotas como Leoncio Bueno, Omar Aramayo, Gloria Mendoza Borda, entre otros. El universo sensorial y geográfico de *Apacheta* es envolvente y absoluto, y eso se debe no solo a su lenguaje, sino a su reconocimiento explícito de los manantiales de los que bebe.

Sin embargo, si bien se puede leer las constantes referencias a Arguedas como un mapa de ruta a lo que es el norte emocional de esta colección de poemas, flaco favor sería reducir la multiplicidad de Aparición a este aspecto. El sueño de la costa, la semilla frustrada, así como la explotación laboral y la mujer desde un campo socio-económico, son ejes transversales de este poemario. Así, estos poemas persiguen el hilo emocional de una sensibilidad andina profundamente crítica, pero no por ello distante. La telaraña cultural de influencias que teje *Apacheta* no rehúye lo europeo de manera pasiva, sino que se desarrolla activamente en una zona de combate contra este, nombrando, citando y, sobre todo, sintiendo.

Un elemento fundamental en este sentir es el contraste entre el modelo de campo citadino, el *locus amoenus* de la naturaleza refugio, y el campo que aparece en *Apacheta*, marcado por la labor, los rostros borrados por el llanto agotado (38). Este énfasis en la explotación laboral destruye la ilusión del campo como espacio refugio libre del impacto social. Sin embargo, a pesar de esta desmitificación, el campo también es planteado como el lugar del



Apacheta

Lourdes Aparición
Hipatia Ediciones
Lima, 2021
92 pp.

retorno —“que la vida es como un día lluvioso/ que el camino correcto es volver/ donde a uno le crecieron las raíces/ que florecer en el mar es difícil/ porque las raíces son arrancadas/ para trasplantarnos” (en “Desde el corazón”, 47)— de la raíz, mas esta no es concebida como una raíz «elemental», como Thoreau y otros naturalistas plantearían. No es que el campo sea un escape de la sociedad corrupta, todo lo contrario, pero en el lenguaje de *Apacheta* se manifiesta un *con-vertir animal*, ese concepto andino que Sara Castro-Klaren identifica como «camac», lo no humano, la cualidad de las huacas, de la transformación constante en el universo andino.

A lo largo de *Apacheta*, la voz poética canta que es un cerro (43), una lluvia que zapatea (43), la *pacha* misma (36), y esta identificación con el espacio geográfico, con los fenómenos naturales, habla de un estado que enfatiza esa maleabilidad de ser. La multiplicidad de la experiencia andina, campesina, femenina en *Apacheta* es transmitida desde un lenguaje íntimamente familiarizado con el pensamiento

andino, que recoge el discurso de la lucha social, pero también la ternura del huayno. Es un lenguaje profundamente localizado que combina aspectos de categoría social, en los que los sujetos reflejan las marcas sociales del trabajo, de la explotación y de los sueños costeros frustrados de sus habitantes. El *con-vertir animal* de Aparición incluye dos chimeneas gigantes oscuras y viejas, una casa de barro, se pixelea, y es un desierto, todo en el mismo poema («Somos río», 43), con lo que no se cierra en un universo semántico estereotípico del campo, sino que extiende esta sensibilidad, “colonizando” otros espacios.

En ese sentido, el campo recibe la ambigüedad y protagonismo ambivalente otrora reservado para lo citadino. Esto no implica que el deseo del progreso costero no se manifieste en la voz poética, sino que esta da protagonismo sobre todo a la existencia de modos alternativos, desde la marginalización, desde el afecto. Es imposible en ese contexto no pensar en el énfasis profundo de este poemario en lo cotidiano campesino: no como un aspecto de turismo sentimental, sino desde la precariedad y la injusticia como herencias familiares, como en el poema «Para dejar de llorar» (53). Qué familia migrante no tiene un abuelo al que le han negado una tierra, una mina, una herencia familiar que ninguno de nosotros olvida, sujeto de conversaciones de sobremesa, sujeto de nostalgias luego de la partida y de la muerte.

Ese regreso a los ancestros es notorio en la recurrente figura de la familia en este poemario, no solo en un contexto de nostalgia, sino también en una llamada reivindicatoria y que reasigna la sabiduría a otros cánones apartados del contexto académico. En el poema «Mi abuelo», la voz poética declara «Mi abuelo era lenguaje» (75). En un poema en el que el *con-vertir animal* es más fuerte que nunca, en el que el abuelo era tierra, era barro cuando llovía, era mapa, era cantante de las aves, las coordenadas de la civilización escrita y del español reinante se resignifican verso tras verso. El abuelo, cuyo castellano «parecía una mezcla de cemento y arena en un trompo» (53), cuyas tierras le fueron negadas por ello, es lenguaje. Imposible no sentir en ello el norte emocional de *Apacheta*, su cumbre.